

Lilly Caballero de Cueto. Mujer de alta definición¹

Jorge Eslava

Espigada, sólida y categórica. De cabellera cana y cejas contrastantes, tan oscuras y adustas que infundían cierto recelo. Sin embargo, era cordialísima en el trato e indesmayable en sus quehaceres. Esposa de Carlos Cueto Fernandini, insigne personaje de nuestra cultura que desempeñó los cargos de director de la Biblioteca Nacional, ministro de Educación y vicerrector en la Universidad de Lima. Lilly Caballero de Cueto fue notable educadora y bibliotecaria, principal gestora de la literatura infantil peruana y trabajó también en nuestra casa de estudios en la Dirección de Bienestar Universitario. Madre de tres excelentes profesionales: Alonso Cueto, importante escritor nacional; Marcos, historiador y profesor universitario; y Santiago, psicólogo educacional e investigador.

Fundó el Centro de Documentación e Investigación de Literatura Infantil (CEDILI), cuya valiosa labor de recopilación y difusión no ha sido debidamente reconocida. Aunque siempre faltó dinero para su actividad

1 Entrevista realizada en dos mañanas de agosto de 2010. Un fragmento fue publicado en el *Libro del capitán II. Islas de la literatura infantil en el Perú* (Editorial ARSAN, 2013).

de promoción, jamás se desalentó y confió en “un ángel de la guarda”. Se sentía orgullosa de haber cumplido su misión: vincular la noción de biblioteca escolar al oficio de bibliotecario. Estaba convencida de que desatender ese binomio era atentar contra la formación de los niños. Cuánta pasión (y razones) tenía. Descansa en paz.

Cursaste estudios en el Colegio Santa Úrsula. ¿Qué recuerdas de ese sistema educativo?

Yo tengo el mayor agradecimiento a mis padres por matricularme en ese colegio. Tuve la suerte de que las madres de la congregación recién venían de Alemania, llegaban con muchas ganas de enseñar y liberándose de una falta de oportunidad en su país natal de hacer las cosas al estilo de las ursulinas, que son unas educadoras famosas y que tenían como requisito enseñar para consagrarse. Entonces, para mí el colegio fue una maravilla en todo sentido.

¿Ningún recuerdo desagradable?

No. Fíjate que mi mamá nos decía —a mis hermanas y a mí—: “Si se portan mal no van al colegio”. Era nuestra afición y nuestra devoción. Alguna vez tuve que hablar, como a los cuarenta años, sobre el significado del colegio para mí y yo recordaba desde el ramito de flores que encontrábamos en la mesa de la profesora. Además, todas las paredes estaban decoradas con obras de arte. Y las clases de teatro, de música eran extraordinarias porque las profesoras eran verdaderas profesionales.

¿Concluida la secundaria es que piensas estudiar educación?

Todavía no sabía qué hacer, porque yo sí quería a los niños, pero cuando pregunté por esa rama de la educación me decían que solamente había para maestros de secundaria. En la Universidad de San Marcos no existía todavía la Facultad de Pedagogía, sino que aún permanecía el Colegio Universitario y posteriormente seguían los estudios de Letras. Ya después se creó la Facultad de Educación, donde, justo, mi marido fue el primer decano.

Refieres dos momentos decisivos en tu vocación: el primero cuando conoces a la profesora Emilia Barcia Boniffatti y el segundo cuando conoces a Carlos Cueto. Puedes referirte al primer caso, por favor.

Fue una casualidad. Mi papá era de Jauja y yo iba a visitar a mi hermano que estaba enfermo de tuberculosis. Mi padre conocía a todos los senadores y diputados que iban a esa ciudad para inaugurar un jardín de la infancia. En el tren conocí a Emilia y conversamos. Me preguntó: “¿No le gustan los niños?”. Le contesté que mucho. “¿Por qué no viene al Parque de la Reserva?”, me dijo. Ahí funcionaba el primer jardín de la infancia. Fui y me quedé un año como voluntaria.

¿Acogía a niños de qué edades?

El proyecto que hizo Emilia Barcia era igualito que en Europa, porque ella venía graduada de la especialidad. No existían jardines para niños pobres. Acudía todo el barrio de La Victoria, con gran espanto de mis tías que me criticaban, que cómo me dedicaba a esos niñitos, que por qué no me iba a trabajar a Elizabeth Arden, donde había un buen puesto para mí. Pero no, yo tenía dieciocho años y quería aprender.

¿Luego estudiaste educación?

Claro, durante tres años nos dieron esos cursos básicos que eran obligatorios, los llevábamos nocturnos.

El segundo momento trascendente en tu vocación es cuando conoces a tu esposo. ¿Fue casi un toque de gracia?

Sí. El doctor Guerra pidió una maestra de educación inicial que pudiera ayudar con los test para niños pequeños. Eran pruebas famosas, con el dibujo de la figura humana para el niño, que servían para medir la madurez mental. En la parte pedagógica los ayudaba yo. En ese Instituto Psicopedagógico Nacional conocí a Carlos. Él llegaba de una beca de Estados Unidos y era director de la Oficina de Educación y Sociedad. Había personas importantes a su alrededor, como Luis Felipe Alarco, que eran muy entusiastas y no se estaban fijando en cuánto ganarían, sino que se daban al Perú.

Hago memoria para recordar en qué momento la conocí. Fue, sin duda, en las actividades culturales que organizaba el colegio Los Reyes Rojos —cuando trabajé en esa institución, a mediados de los años ochenta—; eventos que tenían trazas de fiesta infantil y feria de libro, de ritual pedagógico y concierto subterráneo. En medio de aquellos aires carnavalescos, solía llegar ella con talante distinguido y severo a revisar estrictamente los libros y revistas que sacaba el modesto sello editorial del colegio. Me hacía preguntas y observaciones antes de adquirir algunos ejemplares; yo, que atendía el puesto de publicaciones, quedaba algo desconcertado con la compra, porque me daba la impresión de que no le gustaban. Poco a poco fuimos conversando y no tardamos en hacernos amigos. Gracias a ella conocí a maestros rurales, artesanas y algunas personalidades vinculadas a la cultura infantil.

Don Carlos fue ministro en dos periodos. ¿Cómo puedes sintetizar su filosofía educativa?

Me parece que disciplina y libertad es lo que sintetiza su obra. Y eso lo usamos mucho en las bibliotecas. Esos letreros que dicen “Se prohíbe hablar” o “No hacer ruido” son absurdos.

¿Usted participó en algún cargo cuando él fue ministro?

No. Como esposa del ministro, puse en práctica el proyecto “Operación niños” y, después, la Organización de Estados Americanos (OEA) me dio el reconocimiento. *El Comercio* sacó una caricatura en la que yo aparecía entre dos niños, uno casi sin ropa y el otro niño entregando un libro, porque conseguí voluntarias que visitaban colegios populares repartiendo libros de cuentos.

Don Carlos dirigió también la Biblioteca Nacional. ¿Aquí se produce la confluencia entre la educación y el libro?

Nosotros habíamos llegado en el año 1962 de Estados Unidos. Lo que había visto en la Biblioteca Pública de Washington me había dejado con la boca abierta. A mi hijo Marcos, con tres años, le hicieron su carné y pudo llevarse a la casa cinco libritos escogidos

por él. Entonces, lo primero que hice en Lima fue decirle al director del colegio de mis hijos: “Padre, vamos a hacer una biblioteca”. Y él me respondió: “Si ustedes la hacen..., yo encantado”. Trabajamos muchísimo, ahora la biblioteca existe y es la mejor biblioteca infantil, con el sistema de préstamo obligatorio. También publicamos el manual *Pongamos en marcha las bibliotecas escolares*, en 1969.

¿Han pasado más de cuarenta años! ¿El libro ha sido reeditado?

No.

¿Y qué otras empresas impulsaron para modernizar las bibliotecas?

Muchas mamás me llamaron y me pidieron integrar la asociación de padres de familia de sus colegios. Recuerdo a La Inmaculada, los Marianistas. Lo hice gracias a Carlos y a lo que vi en la orientación de la Biblioteca Nacional. El gran trabajo nuestro fue adaptar las técnicas avanzadas a un nivel de niños, hacerlo todo más sencillo y práctico.

¿Para que los niños pudieran ubicar sus libros?

Claro, es lo que buscábamos. Por eso usamos variados colores y cambiamos la nominación original. En CEDILI hemos dado cursos de capacitación sobre bibliotecas para docentes y padres de familia.

Don Carlos muere de manera intempestiva. ¿Cómo fueron esos momentos terribles?

Mira, la hermana de Carlos muere cuando él tenía diecinueve años y su madre se puso luto riguroso y se declaró en duelo, olvidando que tenía tres hijos más. Esto lo marcó en la vida...

Él era un hombre muy tímido, ¿verdad?

Bastante. Pero su estadía en Estados Unidos y su propia reflexión lo ayudaron. Así que la muerte Carlos la afronté con una sola idea: me propuse que mis hijos pequeños no sufrieran. Trabajé, que es lo que aconsejo a quien me pregunta qué debe hacer una persona que se queda sola. El mismo día vino Antonio Pinilla, que era rector de la Universidad de Lima, y me dijo: “Mañana mismo

empiezas en la universidad". "Pero yo trabajo con niños, yo no sé nada de mayores". "Pero conoces mucho de bienestar estudiantil" y me convenció.

¿Cuál era su experiencia en ese momento?

Como viajaba frecuentemente con Carlos y él tenía que trabajar —y yo no me iba a quedar esperándolo—, me dedicaba a visitar instituciones educativas. Así aprendí mucho. No puedo olvidar, por ejemplo, la impresión que me causó el jardín de infancia del Futures College. Los niños estaban en el patio tirándose palos por la cabeza y la pobre profesora no podía con ellos, no sabía qué hacer. Como en esa época estaba de moda un libro que difundía una educación sin restricciones, solo atiné a agacharme para que no me rompieran la cabeza. Pero aprendí, con mayor seguridad, que había que reflexionar a fondo sobre la libertad y la disciplina.

¿Cómo una mujer joven, con tres hijos, se dedica a la literatura infantil que es algo tan poco utilitario y tan poco rentable?

¡Era muy utilitario! Yo había arreglado mi economía con el sueldo de la universidad, o sea que la literatura era un trabajo voluntario, que sería más adelante de gran beneficio para mis hijos y el colegio.

Lilly era atenta y generosa. Dedicaba su tiempo a las maestras de escuelas de Lima y provincias, a las artesanas que trabajaban productos vinculados a la infancia, como las arpilleras de cuentos populares y las titiriteras de dedos —esas bellas piezas de lana con representaciones de animales— que conocí en su casa del barrio de San Antonio, en Miraflores. Seguía mi columna de *El Dominical*, en el diario *El Comercio*, sobre comentarios de libros infantiles y juveniles. No recuerdo a nadie más que, a lo largo de aquellos cinco años de publicación, me escribiera con tanta frecuencia y afecto: "Felicitó tu empeño. Te leo siempre y eres el único escritor que nos tiene bien informados de las mejores publicaciones..."; "Hoy encontramos las revistas de las que te hablé y tenemos la colección completa. Son trece títulos de la *Revista*

Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil. Si te interesa puedes venir a verlas a mi casa...”; “Te contaré que CEDILI decidió transferir nuestro Centro de Documentación al Centro Cultural de España. Claro, con el compromiso de implementarlo con libros que adquirimos o nos llegan, porque confiamos en que pronto abrirá al público...”; “Por ahora seguimos trabajando en nuestro siguiente objetivo: crear y apoyar bibliotecas infantiles y atender a los adultos que tienen proyectos activos desde prelectura”.

¿En qué año surge el proyecto CEDILI?

En el ochenta, y no por iniciativa nuestra, sino de la OEA. Lo propone el Banco del Libro de Venezuela con el propósito de crear un centro de documentación e investigación de literatura infantil en cada país de Latinoamérica. Nos reunimos en mi casa a discutirlo, vinieron bibliotecarias y profesoras de colegio. Habló una argentina que me pareció extraordinaria, dio un discurso muy político.

¿Quiénes fueron las pioneras?

Teresa Paz López, Carmen Checa de Silva, Nora Peña, Consuelo Amat y León..., entonces fue fácil, hicimos un borrador y luego de corregirlo inscribimos la organización.

Tengo entendido que todas las editoriales que publican en el país están obligadas a entregar ejemplares a la Biblioteca Nacional, pero no al CEDILI. ¿Cómo hacen para abastecerse y estar actualizados?

Efectivamente, no al CEDILI. Contamos con un presupuesto para comprar libros, también cada una compra como puede, o nos donan. Llegamos a incrementar tantos libros que hasta rebalsamos nuestro espacio. Como nuestro lema es: “Poner libros al alcance de los niños”, vamos a muchas instituciones a dar charlas y a regalar libros.

¿Ustedes reciben algún aporte del Estado?

Cero. Aunque un día nos llamó la Asociación Peruana para la Conservación de la Naturaleza (APECO), y nos pidió hacer un libro para niños. Nos entregaron un estudio del doctor Brack. Les hici-

mos el diseño y pusimos a Consuelo Amat y León de ilustradora. La parte educativa fue hecha por ellos, y la parte técnica y gráfica por nosotros. Esta colección ganó el concurso del Ministerio de Educación en la línea de medioambiente.

¿Y aportes económicos del extranjero?

Sí, es la única manera de sobrevivir.

Y de publicar... ¿cuántas publicaciones tienen en su catálogo? ¿Tú dirías que las publicaciones son los principales logros del CEDILI?

Tenemos más de treinta títulos. Yo diría que nuestro principal objetivo es darle valor a la biblioteca y al bibliotecario. Que se comprenda que cada biblioteca requiere de un bibliotecario, para no descuidar la formación de los niños. No se trata de improvisar personas en el cargo.

Esa es una irresponsabilidad habitual. ¿Cuál es otra dificultad que enfrentan las bibliotecas?

La falta de dinero. No se piensa en actualizarlas ni en adquirir libros para los más pequeños, incluso para bebés. Tampoco hay mucho interés en hacer de las bibliotecas lugares atractivos.

¿Y cómo convertirlas en lugares atractivos?

Basadre había dicho que para formar una biblioteca había que pensar primero en los niños. Recuerdo que él se quedó espantado cuando un niño fue a leer a la Biblioteca Nacional y no lo dejaron entrar. Lo primero que hizo fue acondicionar una sala bien bonita y con teatrín, en el segundo piso. Además, las bibliotecas municipales están obligadas por ley a tener sala de niños.